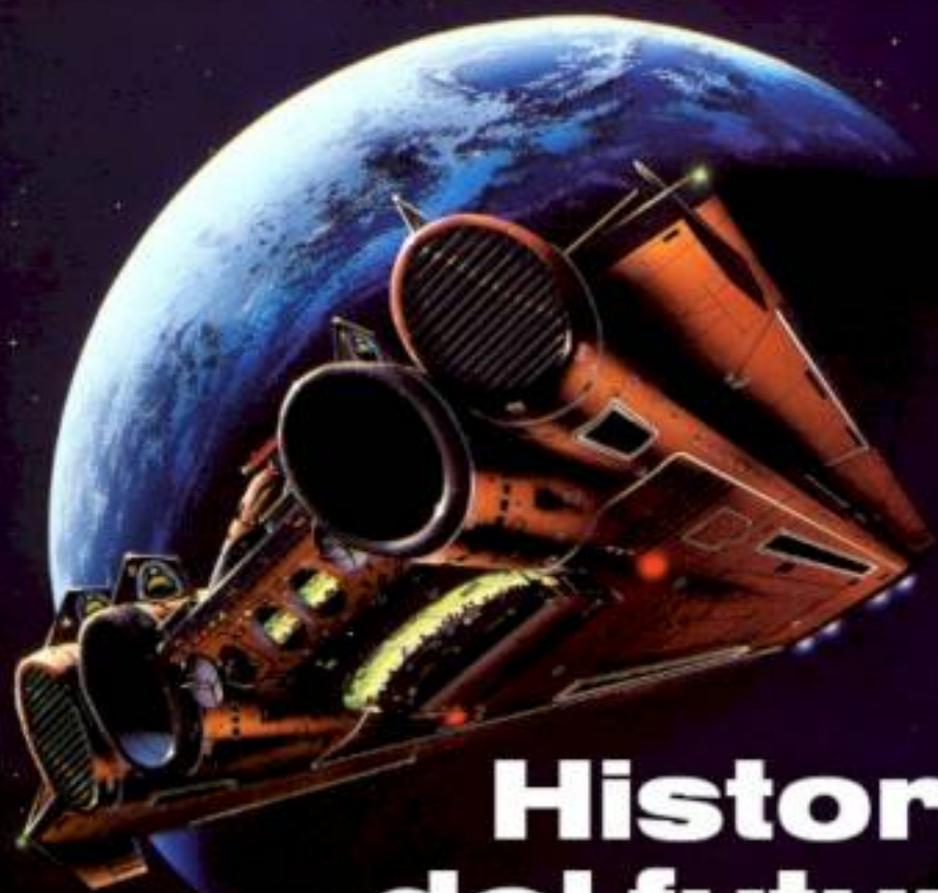


---

**ROBERT A.**

---

# HEINLEIN



## **Historia del futuro**

*El mañana de la humanidad  
imaginado por uno de los  
maestros de la ciencia ficción*

Se recogen aquí los veinte relatos, novelas cortas y novelas que forman la monumental «Historia del futuro» de Robert A. Heinlein. Una obra gigantesca en la que se traza, de modo magistral, el futuro de la raza humana que podría ser, que tal vez será, que en algunos de sus detalles ya ha sido. Iniciada hace más de un tercio de siglo, esta obra ha sido calificada como la cúspide de la carrera de escritor de este meticuloso arquitecto del futuro que es Robert A. Heinlein.

## Introducción

Es el año 1967: en Carmel, California, un almirante retirado llamado Robert A. Heinlein está cuidando su jardín. Promovido oficial en 1929, prestó ejemplarmente servicio durante la Segunda Guerra Mundial, enseñó ingeniería aeronáutica durante algunos años, y luego pasó a ser socio de una modesta empresa electrónica. Nadie ha oído hablar de él, excepto sus vecinos, sus compañeros de negocios y sus amigos de la Armada.

Ésta es una historia verosímil, pero no es cierta. Lo que ocurrió en realidad es mucho menos probable: seis años después de graduarse en la Academia Naval, mientras servía en un destructor, Heinlein contrajo tuberculosis. Estuvo dos años guardando cama, y fue licenciado cuando tenía veintisiete.

Al igual que el tísico Robert Louis Stevenson, o como Mark Twain, cuya carrera de piloto fluvial fue truncada por la guerra, Heinlein empezó a escribir casi por azar, debido a que no podía dedicarse al tipo más activo de vida que le habría gustado. Dejado al garete por la Armada, y obligado a seguir aquella forma de existencia que le había conducido hasta su jardín de rosas en Carmel, asistió a clases de física y matemáticas. Intentó así realizar su viejo sueño de convertirse en astrónomo, pero de nuevo su deficiente salud arruinó el proyecto. Sin ningún éxito notable, probó también la minería, el derecho y la política.

Después, en 1939, encontró por casualidad el anuncio de un concurso de cuentos para aficionados en una revista llamada *Thrilling Wonder Stories*. El premio era cincuenta dólares; no se trataba de ninguna fortuna, pero tampoco era de despreciar. Heinlein escribió una historia, *La línea de la vida*, pero no la entregó al concurso sino a John W. Campbell, director literario de *Astounding Science-Fiction*. Campbell se quedó con ella, y con la siguiente, y con la otra. Heinlein reaccionó diciendo: «¿Cuánto hace qué funciona esto? ¿Y por qué nadie me lo dijo nunca?». A excepción de los años de la guerra, que pasó en la Estación Experimental de Aviación de Filadelfia, en «el aburrimiento necesario de la ingeniería aérea», nunca más volvió a dedicarse a otra cosa para ganarse la vida.

En el número de *Astounding* de febrero de 1941, en el que aparecieron dos relatos de Heinlein (uno de ellos bajo el seudónimo de Anson McDonald), el director literario escribió:

*«Robert A. Heinlein vuelve de nuevo este mes con el relato que anunciamos en nuestra portada, Lógica del Imperio. Ésta, como es normal en Heinlein, es una historia muy trabajada, una fantasía fabulosa, capaz de resistir cualquier crítica sin el menor temor. En relación con esto, me gustaría decir algo que puede haber sido advertido o no por los lectores regulares de Astounding: toda la ciencia ficción de Heinlein emerge del punto de partida común de una intencionada historia del futuro del mundo y de los Estados Unidos. Los detalles de esa historia surgen en cada relato; posee una historia futura perfectamente bosquejada, en la que se incluyen detalles, fechas de los principales descubrimientos, etc. Estoy intentando que me proporcione una copia de ese bosquejo histórico. Si la consigo, lo publicaré.»*

Y lo publicó tres meses después: el mismo bosquejo, con algunas modificaciones y añadidos, que aparece en este libro. Aquel número de la revista dedicó también su portada a Heinlein, con un cuento titulado *Universo*.

«Historia del Futuro» es una frase de Campbell, no de Heinlein, y debido a ello el autor se ha encontrado en algún que otro aprieto. Esta serie de relatos intercomunicados no pretende ser profética. Es una historia, no *del* futuro, sino de *un* futuro, de un mundo alternativo probable (tal vez el mismo en el que el retirado contraalmirante cuida sus rosas) que, claro está, es autoconsistente, dramático, y un vástago evidente de nuestro propio pasado. Los relatos no forman, en realidad, una serie lineal... sino más bien una pirámide, en la cual las primeras narraciones proporcionan una sólida base de apoyo a las últimas.

Debido parcialmente a esta construcción piramidal, y también a los amplios conocimientos del autor —a los cuales me referiré dentro de un momento—, los lectores de Heinlein se encuentran con un mundo que es claramente el nuestro, aunque proyectado algunos años o décadas en el futuro. Se han producido cambios, por supuesto, pero siguen existiendo cosas con las que podemos identificarnos sin demasiado esfuerzo. La gente no ha cambiado: siguen leyendo la revista *Time*, les preocupa el dinero, fuman *Luckies* y se pelean con sus esposas.

Es fácil describir cuáles son las características del escritor ideal de ciencia ficción. Debe ser un escritor inteligente e imaginativo, muy conocedor de las ciencias físicas y sociales, así como de la técnica, y poseyendo una extensa y variada experiencia con la gente; no sólo con científicos e ingenieros, sino también con secretarías, abogados, líderes obreros, publicistas, periodistas, políticos, hombres de negocios... El problema es que nadie mentalmente sano derrocharía su tiempo en adquirir todos estos conocimientos y experiencias con la simple finalidad de escribir ciencia ficción. Pero Heinlein ya tenía todo esto.

La obra de Heinlein proviene de su propia experiencia, en una medida superior a la que cualquier persona puede imaginarse. Cuando no sabe algo por sí mismo, no opta por adivinarlo: lo indaga a base de esfuerzos. Sus relatos están llenos de los detalles precisamente correctos, el producto de una laboriosa investigación. Pero escribe sobre muchas cosas, incluyendo algunas que atentan a la credulidad del lector, que se basan en su propia vida. No es difícil encontrar algunos ejemplos:

La profunda discusión de los problemas en torno al diseño de las articulaciones de los robots domésticos, en *Puerta al verano*. Heinlein era un ingeniero, especializado en articulaciones.

La pericia en las luchas cuerpo a cuerpo de los héroes de relatos tales como *Golfo* y *Ruta de Gloria*. El propio Heinlein es un experto en tiro, espada y lucha libre.

La heroína pelirroja y de increíbles habilidades de *Titán invade la Tierra* y otras obras de Heinlein. La pelirroja esposa de Heinlein, Ginny, es química, bioquímica, ingeniero de pruebas en aviación y horticultora experimental. Ginny obtuvo diplomas de la Universidad de Nueva York en deportes tales como la natación, buceo, baloncesto y hockey sobre hierba, y se convirtió en una figura del patinaje tras su graduación; habla correctamente siete idiomas, y está aprendiendo el octavo.

La longevidad de las «familias» en *Los hijos de Matusalén*. Cinco de los seis hermanos y hermanas de Heinlein viven todavía. Al igual que su madre: ochenta y siete años, «delicada, pero con una tremenda vitalidad y capacidad mental». Y aún no está todo dicho.

Hasta la increíble inteligencia de las familias que aparecen en *Cantos rodados*, o cualquier otra obra, no son invenciones disparatadas: el propio Heinlein juega al ajedrez desde antes que aprendiera a leer. De sus tres hermanos, uno es profesor de ingeniería eléctrica, el segundo de ciencias políticas, y el tercero es un comandante general retira-

do que «llegó hasta ahí por el camino más difícil, es decir, sin pasar en absoluto por ninguna academia».

Como Mark Twain, Heinlein es de Missouri. En su escepticismo, en su espléndida apreciación del absurdo humano, y en alguna expresión ocasional, demuestra un gusto por lo inacabado y brillantemente adornado. Posee la típica admiración de la gente de Missouri hacia cualquier tipo de competencia, hacia aquellos que triunfan... aunque (o quizás en especial) infrinjan algunas reglas en el proceso. (Heinlein: «Llegué muy alto en la Academia Naval, y habría ascendido todavía más de no haber sido por cierta tendencia a “emborronar” mi expediente con alteraciones graves de la disciplina militar»). A diferencia de muchos novelistas modernos, no soporta la inexperiencia y la incompetencia. Según Heinlein, los que más contribuyen al mundo son también los que más se burlan de él. Los que no sirven para nada son motivo de piedad; y la piedad por ese tipo de gente no es una virtud muy bien considerada por Heinlein.

Esta ruda predisposición no se parece en nada al cinismo de otros escritores. Heinlein es un moralista hasta la médula; cree firmemente en la intrepidez, el honor, la autodisciplina, el sacrificio personal por amor o deber. Sobre todo, es un libertario. «Cuando cualquier gobierno o, en el mismo sentido, cualquier Iglesia, se decide a decir a sus súbditos: “No debes leer esto, no debes ver lo otro, está prohibido que conozcas eso”, el resultado final es la tiranía y la opresión, no importa cuán sagrados sean los motivos. Se necesita muy poca fuerza para controlar a un hombre cuya mente ha sido adormecida; por el contrario, no hay fuerza capaz de controlar a un hombre libre, a una persona cuya mente es libre. Ni el potro de tormento, ni las bombas de fisión, ni nada... no se puede conquistar a un hombre libre; lo más que puede hacerse es matarlo».

El propio autor ha negado a menudo que los relatos de este libro sean proféticos. Sin embargo, es innegable que algunas de las predicciones ficticias de Heinlein se han he-

cho ya realidad, no literal sino simbólicamente. *Las carreteras deben rodar* predice el colapso urbano y anticipa la amenaza de Jimmy Hoffa en cuanto a una huelga nacional de transportes. Los titulares periodísticos que aparecen en *Los hijos de Matusalén*, ilustrando el carácter de «Los Años Locos» —término con el cual designa Heinlein la época actual—, parecen menos fantásticos ahora que en 1941.

*Ocurren explosiones*, escrita y publicada cinco años antes de *La Bomba*, está basada en una serie de sagaces suposiciones que luego resultaron erróneas. El tema específico de esa narración nunca llegó a ser real; sin embargo, refleja el auténtico y horrible problema del poder atómico, algo con lo que nos estamos enfrentando desde 1945.

Algunos de estos relatos son poco importantes, pero uno al menos es una consumada obra de arte: *El hombre que vendió la Luna*. Escrito con una ilusoria facilidad y simplicidad, se desarrolla simultáneamente con brillantez en media docena de campos distintos. Es una historia de la conquista de la Luna por el hombre, un ensayo penetrante sobre el capitalismo expoliador, y un retrato cálido, humano y completamente convincente de un hombre extraordinario.

En cuanto al futuro aún por desarrollarse, hay aquí señales indicadoras y avisos. Heinlein nos recuerda constantemente que la historia es un proceso, no algo muerto y embalsamado en los libros de texto. El problema esencial es el control humano de sus propias invenciones. No sólo las pequeñas, como la ballesta y la bomba atómica, sino también las grandes: el lenguaje, la cultura y la tecnología. Formamos en conjunto un grupo vigoroso y fértil en recursos; nuestros descendientes necesitarán ser más vigorosos y todavía mucho más imaginativos.

Todas las probabilidades están contra ellos. Las estrellas son impenetrables, la vida es muy corta, y siempre hay que pagar un tributo. Pero el hombre en sí es tan inverosímil que, si no existiera, no valdría la pena discutir sus possibili-

dades. Heinlein apuesta por el hombre; y tengo un presentimiento de que el próximo siglo le dará la razón.

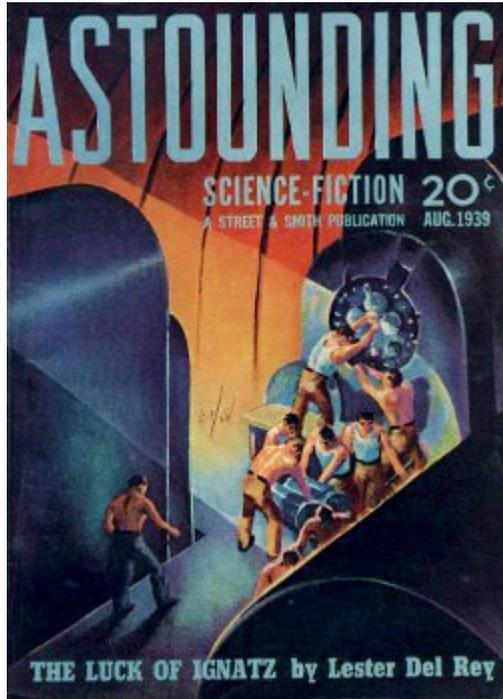
Damon Knight  
The Anchorage  
Milford, Pennsylvania

# Línea temporal<sup>†</sup>

Note: stories in brackets never written. See Postscript to *Revolt in 2100*

| DATA   | SOCIOLOGY  | REMARKS   |
|--|--|---|
| Transatlantic Rocket flight<br>Antipodes rocker service  | THE "CRAZY YEARS STRIKE OF 76<br>The "FALSE DAWN"<br>First Rocket to the Moon  | Considerable technical advance during this period, accompanied by a gradual deterioration of mores, orientation and social institutions, terminating in mass psychoses in the sixth decade, and the Interregnum.  |
| Bacteriophage  | Luna City Founded<br>Space recautionary Act<br>Harriman's Lunar Corporations<br><br>PERIOD OF IMPERIAL EXPLORATION<br><br>Revolution in Little America<br>Interplanetary explotation<br>American—Australasian anchluss | The nterregnum was followed by a period of reconstruction in which the Voorhis financial proposals gave a temporary economic stability and chance for reorientation. This was ended by the opening of new frontiers and a return to nineteenth century economy.<br><br>Three revolutions ended the period of planetary imperialism: Antarctica, U.S., and Venus. Space travel ceased until 2072.<br>Little research and only minor technical advances during this period. Extreme puritanism. |
| The Travel Unit and Fighting Unit<br>Commercial stereoptics<br>Booster guns<br>Synthetic foods<br>Weather control<br>Wave mechanics<br>The "Barrier" | Rice of religious fanaticiam<br>The "New Crusade"<br>Rebellion and independence of Venusian colonists<br>Rellgous dictatorship in U.S.<br><br>THE FIRST HUMAN CIVILIZATION   | Certain Aspects of psychodynamics and psychometrics, mass psychology and social control developed by the priest class.<br><br>Re-establishment of civil liberty.<br>Renaissance of sceintific research.<br>Resumption of Space travel. Luna city refounded. Science of social relations, based on the negative statements of sematics. Rigor of epistemology. The Covenant.   |
| Atomic "tailoring"<br>Elements 98—416<br>Parastatic engineering<br>Rigor of colloids<br>Symbiotic research<br>Longevity                              |  | Beginning of the cosolidation of the Solar System<br><br>First Attempt at interstellar exploitation<br><br>Civil disorder, followed by the end of human adolescence, and the beginning of first mature culture.   |

## La línea de la vida†



El presidente golpeó fuertemente la mesa llamando al orden. Gradualmente, los silbidos y abucheos fueron cesando, mientras varios oficiales de orden espontáneos persuadían a algunos acalorados individuos de que se sentaran de nuevo. El orador en la tribuna al lado del presidente parecía no darse cuenta del tumulto. Su fofo y algo insolente rostro estaba impasible. El presidente se giró hacia él y le dirigió la palabra, con una voz en la cual no se disimulaban la ira y el disgusto.

—Doctor Pinero —recalcó ligeramente la palabra «doctor»—, debo disculparme por el inesperado alboroto producido por sus observaciones. Estoy sorprendido de que mis colegas hayan olvidado la dignidad propia de los hombres de ciencia hasta el punto de interrumpir a un orador, a pesar —hizo una pausa y apretó fuertemente la boca— a pesar de lo grande que haya sido la provocación. —Pinero se rió en su cara, una sonrisa que era en cierto modo un abierto insulto. El presidente controló con visible esfuerzo su indignación y prosiguió—: Estoy ansioso de que el programa finalice honestamente y en orden. Deseo que termine usted sus observaciones. Sin embargo, debo pedirle que intente no insultar nuestras inteligencias con ideas que cualquier hombre educado sabe que son erróneas. Por favor, límitese a hablarnos de su descubrimiento... si es que ha descubierto usted algo.

Pinero extendió sus gordezuelas y blancas manos, con las palmas hacia abajo.

—¿Cómo puedo poner una idea nueva en las cabezas de ustedes, si primero no quito de ahí sus falsos concep-

tos?

La audiencia se agitó y murmuró. Alguien gritó desde el fondo de la sala:

—¡Echen de ahí a ese charlatán! ¡Ya hemos oído bastante!

El presidente levantó su maza.

—¡Señores! ¡Por favor! —Y luego, dirigiéndose a Pinero —: ¿Debo recordarle que no es usted miembro de esta corporación, y que nosotros no le invitamos?

Pinero frunció las cejas.

—¿De veras? Creo recordar una invitación con el membrete de la Academia.

El presidente se mordió el labio inferior antes de responder.

—Cierto. Yo mismo escribí esa invitación. Pero fue a petición de uno de los miembros del directorio... un caballero muy educado y sociable, pero no un científico, no un miembro de la Academia.

Pinero exhibió su irritante sonrisa.

—¿De veras? Debería haberlo supuesto. ¿Acaso fue el viejo Bidwell, el de la Unión de Seguros de Vida? ¿Tal vez esperaba que sus adiestradas focas demostraran que soy un fraude? Porque si yo puedo decirle a un hombre la fecha de su muerte, nadie va a comprar sus preciosas pólizas de seguro de vida. ¿Pero cómo pueden demostrar que soy un fraude, si primero no me escuchan? ¿Aun suponiendo que tengan la suficiente inteligencia como para comprenderme? ¡Bah! Han enviado chacales para vencer a un león. — Les volvió deliberadamente la espalda. Los murmullos de la concurrencia crecieron y adquirieron un tono amenazador. El presidente gritó en vano pidiendo orden. Alguien de la primera fila se levantó.

—¡Señor presidente!

El presidente aprovechó la circunstancia y gritó:

—¡Señores! El doctor Van Rheinsmitt tiene la palabra. — La agitación cedió.

El doctor carraspeó, se apartó un mechón de su hermoso pelo blanco y se metió una mano en el bolsillo de sus elegantes pantalones hechos a la medida. Asumió los modales de su club femenino.

—Señor presidente, compañeros miembros de la Academia de Ciencias, seamos tolerantes. Incluso un asesino tiene derecho a hablar antes de que la justicia le exija su tributo. ¿Vamos a ser nosotros menos? ¿Aunque todos este-mos intelectualmente seguros del veredicto? Me gustaría garantizarle al doctor Pinero las mismas consideraciones que habitualmente dispensamos en esta augusta corporación a cualquier colega no afiliado a ella, incluso en el caso —hizo una ligera inclinación en dirección a Pinero— de que no nos sea familiar la universidad donde obtuvo su graduación. Si lo que tiene que decirnos es falso, no va a perjudicarnos. Y si lo que tiene que decir es cierto, deberíamos conocerlo. —Su suave y cultivada voz fluía suavemente, tranquila y apaciguadora—. Si los modales del eminente doctor nos parecen algo rústicos a nuestros paladares, debemos tener en cuenta que el doctor tal vez proceda de un lugar, o de un estado social, no tan meticuloso en estos detalles. Nuestro buen amigo y benefactor nos ha pedido que escuchemos a esta persona y que sopesemos cuidadosamente los méritos de sus afirmaciones. Les pido que lo hagamos con dignidad y decoro.

Se sentó entre un estruendo de aplausos, consciente de que había reforzado su reputación de líder intelectual. Al día siguiente los periódicos mencionarían de nuevo el buen sentido y la persuasiva personalidad del «Presidente de Universidad Más Apuesto de América». ¿Quién sabe? Quizá el viejo Bidwell terminara concediendo aquella donación para la piscina.

Cuando cesaron los aplausos, el presidente se giró hacia el lugar donde estaba sentado el foco de la perturbación, con las manos cruzadas sobre su pequeña y oronda barriga y el rostro sereno.